

mandando un seguro asilo y desprovistas de su equipo robado por los feroces indios. Supo por ellas el Almirante que los mas de los hombres de la isla estaban ausentes, habiendo salido poco antes el rey con diez canoas y trescientos guerreros á cruzar en busca de cautivos y botín. Cuando iban los hombres á estas expediciones, se quedaban las mujeres á defender de invasion sus costas. Eran expertas flecheras, participaban del espíritu marcial de sus maridos, y casi les igualaban en fuerza é intrepidez.

Ademas de las fugitivas que se habian refugiado á bordo, vinieron tambien algunos muchachos igualmente cautivos, y que aun gozaban vida por un extraordinario refinamiento de la crueldad. Supieron los españoles que acostumbraban los caribes criar los muchachos prisioneros hasta que fuesen hombres, y engordarlos entonces para sus fiestas, privándolos de virilidad para que fuese su carne mas tierna y sabrosa. Es tan repugnante á la naturaleza humana la idea del canibalismo, que de buen grado achacaríamos estas relaciones á errores y cuentos de los viajeros; pero los afirman positivamente escritores demasiado veraces, y son ellos en sí demasiado curiosos para pasarlos en silencio.

Colon estaba perplejo sobre el sistema que adoptaría. Ansiaba por un lado llegar á Española y asegurarse del destino de la guarnición que allí habia dejado, y le impacientaban todas las dilaciones: por el otro, abandonar aquellas riberas sin ir acompañado de los hombres que se habian internado en la isla, era dejarlos abandonados á su misera suerte y al capricho de los canibales. Dejar un bajel tripulado que esperase su vuelta, era exponerse á perderlo por mil accidentes que podian sucederle en aquellas salvajes costas y desconocidas mares. En esto Alonso de Ojeda, aquel jóven y atrevido caballero, de quien se ha contado una anecdota relativa á la torre de la catedral de Sevilla, se ofreció voluntariamente á penetrar con cuarenta hombres hasta el interior de la isla y explorar todas sus florestas en busca de la gente extraviada. Se aceptó este ofrecimiento, mandó el Almirante que mientras estuviese ausente se proveyesen los buques de leña y agua, y dió permiso para que saliesen parte de las tripulaciones á lavar su ropa y recrearse en la playa.

Alonso de Ojeda entró con los que le siguieron en todas las florestas vecinas, y marchó hácia el interior, descargando arcabuces, sonando trompetas por los huecos valles, y desde las cimas de montañas y precipicios; pero todo en vano; solo el eco respondia á aquellos atronadores sonidos. Lo espeso de las selvas y bosques, que florecian con todo el vigor y lujo de la vegetacion de los trópicos, hacian la marcha difícil y fatigosa. Ojeda lo veia todo con el prisma novelesco de un jóven aventurero, y trajo las noticias mas exageradas acerca de los productos naturales del país. En el olor aromático de los árboles y arbustos de las florestas imaginaba percibir la fragancia de ciertas gomas y especias preciosas. Vió muchos pájaros de los trópicos de desconocida especie, y tambien halcones, garzas, milanos, palomas silvestres, tórtolas y cuervos. Creyó asimismo ver perdices, que solo habia realmente en la isla de Cuba, y oír el canto del ruiseñor, desconocido en el Nuevo-Mundo. La isla, empero, abundaba en frutos, porque segun Pedro Mártir, siendo los caníbales gente salvaje y aventurera, y recorriendo todos los países vecinos en sus escursiones, traian de ellos las semillas y raices de todas las plantas provechosas. Tambien dice que se hallaba miel en los árboles huecos y en las aberturas de las rocas. Tan abundante era en aguas esta isla que Ojeda cuenta haber vadeado veinte y seis rios en el espacio de seis leguas, si bien algunos serian vueltas de la misma corriente.

Colon dió al fin por perdidos á sus nueve hombres.

Habian pasado ya muchos dias desde su desaparicion, en los cuales, si viviesen, parecia imposible que ni hubiesen sido hallados, ni sabido volver á los buques. Iba pues á darse á la vela, cuando con universal alegría de la flota se vió en la costa una señal hecha por ellos. Cuando entraron á bordo, sus macilentos y descarnados rostros daban á conocer las horrosas contrariedades que les habian asaltado. Habiéndose separado por acaso de la línea recta cuando entraron por los bosques, penetraron sin saberlo mas y mas en la isla, hasta verse del todo extraviados. Por muchos dias anduvieron perplejos por descaminadas florestas, tan densas que casi excluian la luz del dia. Subieron montañas y rocas, vadearon rios y lucharon por en medio de zarzales y espesuras. Algunos, que eran expertos marineros, treparon por los árboles con la esperanza de ver las estrellas para tomar por ellas rumbo; pero la frondosidad de las ramas y follaje les cerraba totalmente la vista del cielo. Los mas horribles temores se habian apoderado de su ánimo, y recelaban que creyéndolos ya muertos, el Almirante se haria á la vela, dejándolos en aquel desierto, separados para siempre de sus casas y de las moradas de los hombres civilizados. Al fin, ya casi reducidos á la desesperacion, llegaron por casualidad á la orilla del mar, y siguiendo su márgen, vieron con inexplicable gozo que estaba la flota anclada todavía. Trajeron con ellos varias mujeres y muchachos indios; pero no habian visto en su peregrinacion ningun hombre, pues la mayor parte de los guerreros estaba, como se ha dicho, ausente en una expedicion.

A pesar de los trabajos que habian sufrido y del gozo que le causó á Colon su vuelta, creyó importante, en servicio tan delicado, castigar toda falta de disciplina. Puso, pues, arrestado al capitán, y quitó parte de la ración á los marineros, por haber abandonado sus sitios sin contar con su consentimiento.

CAPITULO III.

CRUCERO POR ENTRE LAS ISLAS CARIBES.

(1493.)

LEVANDO ancla el 10 de noviembre, navegó Colon por la costa de Guadalupe hácia el Nor-Oeste, en cuya direccion, segun sus propios cálculos y los informes de los indios, toparia con la isla Española. Las mujeres recientemente venidas á bordo le habian hablado de otras islas al Sur, y asegurándole que por el mismo punto se extendia tambien el continente, noticias que halló despues verdaderas; pero tal era entonces su deseo de llegar al puerto de la Navidad, que no quiso ensauchar sus descubrimientos. Siguiendo por aquel hermoso archipiélago, dió nombre á las islas en el órden en que se le aparecian. Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martín: otras varias islas se extendian hácia el Nor-Oeste y Sud-Este, todas muy elevadas; levantándose altas montañas, y vistiéndolas hermosos prados, sin que por ninguno de estos alicientes se decidiese Colon á visitarlas. Estando el tiempo bastante tempestuoso, anclaron el 14 de noviembre en una isla llamada Ayay por los indios, á la que le dió Colon el nombre de Santa Cruz. Fue un bote á tierra con veinte y cinco hombres para procurar agua y noticias, acerca del rumbo que llevaban. Hallaron un lugar de que los hombres habian huido; pero pudieron asegurar algunas mujeres y muchachos, los mas de ellos cautivos traídos allí de otras islas, porque tambien era aquella morada de caribes. Bien pronto pudieron experimentar el feroz valor é increíble crueldad de esta horrible raza. Mientras estaba el bote en tierra, vino una canoa costeando de cierta parte distante de la isla, con dos mujeres y algunos indios; y al volver un cabo, se vieron de pronto enfrente de la flota europea.

Asombrados al aspecto de lo que debieran haber creído una terrorífica y sobrenatural aparicion, se quedaron por algun tiempo mirando en silenciosa sorpresa. Tan absortos estaban en su contemplacion, que el bote que venia de la orilla tuvo tiempo de aproximarse á ellos sin ser visto. Tomaron al notarlos sus canaletes ó remos, y quisieron escaparse, pero aun que la ligera canoa volaba por la superficie de las ondas, el bogar seguido de los remos le fue sacando ventaja, y le cortó la retirada, poniéndose entre ella y la tierra. Viendo que era en vano apelar á la fuga, tomaron sus arcos y flechas, y se volvieron fieramente contra sus perseguidores. Las mujeres peleaban lo mismo que los hombres. A una de ellas la trataban con deferencia y veneracion, como si fuese su reina. Iba esta en compañía de su hijo, jóven (dice Pedro Mártir) de horrible talante, de sombrío entrecejo, buenas carnes, tierna catadura y aspecto de leon. Armaban los arcos con admirable fuerza y agilidad. Aunque los españoles se cubrian con sus rodela, quedaron dos heridos sin tardanza, y la flecha de una de las heroínas atravesó un escudo de parte á parte.

Para evitar esta lluvia de saetas; que hacia mas formidable el temor de que estuviesen envenenadas, lanzaron los españoles violentamente su bote sobre la canoa, hundiéndola con el choque. Los fieros salvajes; empero, continuaron peleando en el agua; y manteniéndose á veces en las sumergidas rocas, descargaban sus flechas tan diestramente como si estuviesen en tierra firme. Los mayores esfuerzos fue necesario poner en práctica para vencer y arrollar á tan terribles enemigos. A uno de ellos le hallaron traspasado de un bote de lanza, y murió poco despues de salir á bordo, y el hijo de la reina estaba herido. Cuando entraron en los buques, no pudieron los españoles menos de admirar su indomable espíritu y fiero aspecto. Tenian el cabello largo y grueso, y los ojos rodeados de colores que les daban la expresion mas siniestra; ceñíanse firmemente con bandas de algodón los brazos y piernas, dejando descubiertas las partes musculares, para que se hinchasen y adquiriesen desmesurado bulto, lo cual consideraban ellos como grande belleza; costumbre que reinaba entre algunas tribus del Nuevo-Mundo. Aunque cautivos y ahorrados, en poder de sus enemigos permanecian en su impavidez y amenazador talante. Pedro Mártir, que fué con frecuencia á verlos cuando estaban en España, dice por experiencia propia y de los que le acompañaban que era imposible mirarlos sin cierta repugnancia que rayaba en horror: ¡de tan terrible y amenazador rostro los habia dotado naturaleza! Esta sensacion la causaria sin duda, ó contribuiría á producirla, la idea de que eran caníbales. En la contienda referida, segun el mismo escritor, asestaron los indios flechas emponzoñadas, y uno de los españoles herido por mano de aquellas hembras batalladoras murió de la herida al poco tiempo.

Continuando su viaje descubrió Colon apiñadas muchas islas de varias formas y apariencias. Algunas verdes y cubiertas de florestas, pero la mayor parte desnudas y estériles, y coronadas de escabrosas montañas, con muchas rocas de un azul brillante, y otras de resplandeciente blancura: estas supuso Colon, con su acostumbrado deseo de teñir todos los objetos con los rayos de su ardiente fantasia, que contendrian minas de ricos metales y piedras preciosas. Como las islas estaban muy cerca unas de otras, y se quebraba la mar violentamente en los estrechos canales que las dividian, era peligroso entrar en ellas con bajeles grandes. Manteniéndose pues mar adentro, envió Colon una carabela pequeña con vela latina á reconocerlas, la que volvió con noticia de que habia al parecer mas de cincuenta islas, pero todas desiertas. A la mayor del grupo le puso Colon

Santa Ursula, y á todas las otras las once mil vírgenes.

Retardando el reconocimiento de ellas para lo sucesivo, continuó su rumbo hasta arribar una tarde á una grande isla revestida de hermosas florestas, y circundada de seguros puertos. Le llamaban los naturales Boricon; pero él le dió el nombre de San Juan Bautista, y es la misma que tiene hoy el de Puerto-Rico. Era este el suelo natal de casi todos los cautivos que se habian refugiado en los buques, huyendo de los caribes. Segun su descripción era fértil y populosa, y la regia un solo cacique. Sus habitantes carecian de espíritu emprendedor, y tenian pocas canoas. Estaban continuamente en lucha con los caribes, sus implacables enemigos. Se habian hecho guerreros, por lo tanto, para defenderse, y usaban clavos y flechas; y en sus encuentros con las huestes caribes cometian con sus enemigos las mismas atrocidades que estos les habian enseñado, devorando los prisioneros en venganza.

Despues de seguir por todo un día la hermosa costa de esta isla anclaron al extremo occidental en una bahía abundante en pesca. Al desembarcar encontraron un lugar indio construido, como de ordinario, alrededor de la plaza, parecida á un mercado, y con una casa muy grande y bien concluida. Un espacioso camino conducia de ella á la mar, con enrejados de caña en ambos lados, y jardines frutales dentro de ellos. Al extremo de aquella senda habia una especie de azotea ó atalaya, que dominaba muchas leguas del mar. El conjunto tenia un aire de cultura é ingenio superior al que se veia en la residencia comun de los indios, y se asemejaba á la mansion de algun caudillo importante. Todo, empero, estaba desierto y silencioso. Ni un ser humano pudieron descubrir durante su estancia en aquel asilo. Habian huido los naturales, y ocultábase al ver la escuadra. Despues de dos dias se hicieron de nuevo á la vela para la isla Española. Así acabó el crucero por entre los caribes, la descripción de cuyas fieras y salvajes gentes recibieron con vehemente curiosidad los doctos europeos, que la consideraban como resolucion de un oscuro problema desventajoso á la humana naturaleza. Pedro Mártir, en su carta á Pomponio Laetus, anuncia el hecho con pavorosa solemnidad. «¡Los cuentos de los Lestrígones y Polifemos que de carne humana se nutrian, ya no son dudosos! ¡Leed, pero tened cuenta no se os ericen los cabellos de horror!»

Es de todo punto probable que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente hayan derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles. Eran los caribes el horror de los indios, y la pesadilla de los españoles. Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros, y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles. Era usanza general, entre los naturales de muchas de las islas y de otras partes del Nuevo-Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos. A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada mas que los huesos. Estos, cuando se encontraron en las viviendas de moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos, conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallado entre los caribes, se miraba con horror, como prueba de su canibalismo.

El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo-

Mundo, debían necesariamente distinguirlos. Se les educaba en las armas desde su infancia. Tan pronto como sabían andar les ponían sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano; y los preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres. Sus atrevidas expediciones marítimas los hacían observadores é inteligentes. Los naturales de otras islas no sabían dividir el tiempo mas que en día y noche, en sol y luna; mientras estos poseían algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones.



Caribe.

Las tradiciones que restan de su origen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto verificarse por hechos geográficos, y abren una de las ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo-Mundo. Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaquias. Las primeras noticias que de ellos tenemos los representan con las armas en la mano, continuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y mudando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida. Abandonando luego el continente del Norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada

cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur. El archipiélago que se estiende de Puerto-Rico ó Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela. Desde aquel punto lanzábanse á atrevidas expediciones llevando la guerra á todos los países circunvecinos, que amedrentaban con su presencia. Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme. Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del país por donde fluye el Orinoco. Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes del Ikouteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros rios de Guayana, y en el país que riegan los caudales del Cayana; y aun parecería que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde, entre los indígenas del Brasil, había algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas de Apalaquia en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el golfo Mejicano y mar Caribe, hasta la costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, sería una de las investigaciones mas curiosas de la historia primitiva, y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos, que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interes para el Nuevo-Mundo.

CAPITULO IV.

LLEGADA AL PUERTO DE LA NAVIDAD. — DESASTRE DE LA FORTALEZA. (1493.)

EL 22 de noviembre llegó la flota á una grande isla, que no tardó en reconocerse como la extremidad oriental de Haití, ó segun la llamaba el Almirante, Española. Prevalcía la mayor escitacion en la armada, pensando todos que pronto acabarian su viaje. Colon anticipaba el gozo del puñado de valientes que en aquel desierto habia dejado, esperando recibir de ellos inestimables noticias relativas á la isla y mares adyacentes, cuando no montones de tesoros. Algunos marineros que habian hecho el otro viaje, recordaban los agradables dias pasados en las deliciosas florestas de Haití; y los otros aguardaban impacientes participar de la vida y escenas que se les habian pintado con todos los hechizos de la ilusion, con todas las galas de la poesía.

Mientras la escuadra rodeaba lentamente las costas, fué á ellas un bote para enterrar á un marinero vizcaino, muerto de resultas de heridas ponzoñosas, abiertas en la escaramuza de los caribes. Dos carabelas se quedaron cerca para guardar la tripulacion del bote mientras se hacia el servicio fúnebre. Vinieron algunos indios á los buques, portadores de un mensaje, que enviaba cierto cacique de las cercanías para el Almirante, convidándolo á ir á tierra, y prometiéndole grandes cantidades de oro; pero Colon, deseoso de llegar á la Navidad, rehusó la invitacion, regaló á los mensajeros, y continúo su rumbo. Despues de navegar gran espacio, arribó al golfo de las Flechas, el mismo en que habia tenido un encuentro con los naturales en el otro viaje. Allí mandó á tierra uno de los jóvenes indios que le habian acompañado á España, donde entró en el gremio de la Iglesia Católica. Iba galanamente vestido y colmado de regalos, y esperaba Colon favorables efectos de las descripciones que daría á sus compatriotas de las maravillas que habia visto, y de la bondad con que se le habia tratado. El indio prometió hacer mil amistosos esfuerzos en favor de los españoles; pero, ó bien olvidó estas promesas al entrar en sus montañas y libertad natura-

ro, ó fue víctima de la envidia que debieron escitar su opulencia y su elegancia. Jamás se volvió á tener de él noticias. Solo un indio de los que habian estado en España quedaba ya en la flota; un joven lucayo, natural de la isla de Guanahaní, que se habia bautizado en Barcelona, llamándose como el hermano del Almirante, Diego Colon, y que, fiel á las obligaciones contraídas, guardó siempre puro en su pecho el sentimiento de la amistad que desde un principio habia profesado á los españoles.

El 25 ancló Colon en el puerto de Monte Christi, deseando elegir sitio propio para una colonia, cerca de la corriente que habia llamado en su primer viaje Rio del Oro. Al recorrer algunos marineros las costas, encontraron en la verde y húmeda orilla de un arroyo los cuerpos de un hombre y un muchacho; el prime-

ro, con una cuerda de esparto español atada al cuello y los brazos estendidos y amarrados por la muñeca á un madero en forma de cruz. Los cuerpos estaban ya tan desfigurados; que no les fue dable adivinar si eran de indios ó de europeos. Siniestras dudas, empero, comenzaron á circular, y se vieron confirmadas al otro dia; porque al visitar la playa hallaron á corta distancia de los primeros otros dos cuerpos, uno de los cuales teniendo barbas, era evidentemente el cadáver de un blanco.

Los dorados sueños de Colon al acercarse á la Navidad, se tornaron entonces en negros presentimientos. La fiera de que hacian alarde algunos de los habitantes de aquellas islas le hacia dudar de la amistad de los otros; y empezó á temer que alguna desgracia hubiese acaecido á Arana y su guarnicion.



Indios en canoa.

El modo franco, empero, con que muchos indios se presentaron en los buques, y la conducta libre y desembarazada que tenían, mitigaron algun tanto sus sospechas. Si hubiesen atentado contra la vida y seguridad de los españoles, no se hubieran tan fácilmente entregado en manos de sus compañeros.

El 27 llegó al anochecer enfrente del puerto de la Navidad, y ancló á una legua de tierra; no decidiéndose á entrar en él de noche, temeroso de las rocas. Era ya demasiado tarde para distinguir los objetos. Impaciente de satisfacer sus dudas, mandó disparar dos cañonazos. Resonó el eco de ellos por la costa, pero no replicó el fuerte. Todos los ojos buscaban la luz de alguna señal; todos los oidos escuchaban esperando oír algun amistoso grito; pero ni se veían luces, ni se oían voces, ni se percibía señal de vida: todo era tinieblas y mortal silencio.

Muchas horas pasaron en tristísima suspension y desaliento. Se presentaban mil imágenes desastrosas del destino de la guarnicion, y todos ansiaban la luz de la mañana para terminar tan terrible incertidumbre. A media noche se acercó una canoa hácia la escuadra, y preguntaron los indios desde lejos que si venia allí el Almirante. Habiéndoles mostrado su buque, se acercaron mas, pero no quisieron subir á bordo hasta ver á Colon personalmente. Se mostró, pues, por un lado del bajel, y habiendo con una antorcha iluminado su faz, no pudieron dudar de su presencia. Entonces entraron á bordo sin dificultad. Uno de los

indios era primo del cacique Guacanagari, y traía al almirante un regalo de dos máscaras adornadas de oro. Colon preguntó inmediatamente por los españoles que habian quedado en la isla: la respuesta fue algo confusa, ó quizá mal entendida; pues Diego Colon, solo intérprete indio que habia á bordo, era de las Lucayas, cuyo lenguaje se diferenciaba del de Haití. Dijo á Colon, que muchos españoles habian muerto naturalmente, otros en una contienda ocurrida entre ellos mismos, y algunos retirándose á diversos parages de la isla, donde habia tomado cada uno muchas mujeres indias. Que Guacanagari habia sido atacado por Caonabo, el fiero cacique de las auríferas montañas de Cibao, que le habia herido en la batalla y quemado su ciudad, y que estaba malo de la herida en una choza de las cercanías, lo cual le habia impedido apresurarse á dar al Almirante la bien venida.

Por tristes que pudieran parecer aqueestas nuevas, libertaron á Colon de caer en horribles sospechas. Aunque otros desastres hubiesen destruido su guarnicion, no habia sido esta víctima de la perfidia de los naturales: su buena opinion de la gentileza y bondad de los indios no habia sido equivocada, ni habia perdido el cacique la admiracion que su benévola hospitalidad merecía. Libróse así de amargas penas; porque siempre fue de almas grandes sentir terriblemente las desgracias. Tambien vivían algunos de la guarnicion, aunque diseminados por la isla; pronto

oirían la llegada de los buques, y se apresurarian á presentarse en ellos, bien instruidos en las interioridades de ella.

Satisfecha de la amistosa disposicion de los naturales, recobró la gente de Colon parte de su alegría. Obsequiaron mucho á los indios que habian venido á bordo, y contentos con varios regalos se volvieron en la misma noche, prometiendo venir otra vez por la mañana con el cacique Guacanagari. Los marineros esperaban la aurora con mejor ánimo, creyendo que se renovarían el trato cordial y agradables escenas del primer viaje.

Lució la aurora, levantóse el sol en el horizonte, declinó la tarde, sumergióse el sol en las ondas, cubrieron las ondas todo el espacio, y el cacique no cumplió su prometida visita. Empezó á temerse que se hubiesen ahogado los indios que vinieron á bordo la noche anterior, por haber bebido demasiado vino, y ser tan frágil su canoa. Habia, empero, un silencio y apariencia de desercion por todas las carcañas, en extremo sospechosos. En el precedente viaje fue el puerto teatro de animacion continua; canoas resbalando sin cesar por las claras aguas, y numerosos grupos de indios en la playa, bajo los árboles ó nadando á las carabelas. En este no se veía una canoa, ni lo saludaba un indio desde tierra, ni se levantaba humo alguno de entre los árboles, que diese indicios de habitacion humana. En vano esperó por mucho tiempo Colon hasta que se vió precisado á enviar un bote con el objeto de reconocer la costa. Desembarcó la tripulacion, apresurándose á llegar donde la fortaleza habia sido erigida: solo hallaron en su lugar algunas quemadas ruinas. Estaban destruidas las empalizadas, y presentaba el conjunto la apariencia del saqueo y la destruccion. De trecho en trecho encontraron cajones rotos, desperdiciadas provisiones, y desgarradas reliquias de trajes europeos; tristes indicaciones de la suerte de sus compañeros. No se les acercó ni un indio. Vieron que dos ó tres les observaban por entre los árboles; pero desaparecieron al percibir que los habian visto los españoles. No encontrando quien pudiese explicarles la melancólica escena que tenian delante, volvieron con abatidos corazones á bordo y contaron al almirante lo que habian visto.

Mucho se contristó el ánimo de Colon al escuchar noticias de tamaño bulto, y estando ya la escuadra en el puerto, desembarcó él mismo á la mañana siguiente. Halló las ruinas segun se le habian descrito, y buscó en vano los restos de los cadáveres. No se veian mas huellas de la guarnicion que los rotos utensilios y desgarradas ropas dispersas por la yerba. Esto les hizo formar mil conjeturas y suposiciones. Si la fortaleza hubiera sido saqueada, podria aun sobrevivir algun individuo de la guarnicion, y haber huído de las cercanías, ó estar cautivo lejos de ellas. Se dispararon cañones y arcabuces con la esperanza de que alguno de los que pudiesen haber escapado, si estaba oculto entre las rocas y espesuras inmediatas, oyese la señal y viniese á ellos. Pero todo fue en vano. Un triste y funeral silencio reinaba en los alrededores. Renacieron las sospechas de traicion concebidas contra Guacanagari, pero la buena fé de Colon jamás pudo darles entero crédito. Continuando su investigacion, vieron que la ciudad del cacique estaba reducida á un abrasado monton de escombros, lo que mostraba que él habia sido envuelto en el mismo desastre que acabó con la guarnicion.

Habia Colon dejado órdenes á Arana y á los otros oficiales, para que enterrasen los tesoros que se procuraran, ó en caso de repentino peligro, los arrojasen al pozo de la fortaleza. Mandó, pues, que se hiciesen escavaciones por entre las ruinas, y se desaguase el pozo. Mientras se practicaba esta averiguacion, procedió con los botes á explorar los alrededores, en

parte con la esperanza de recibir nuevas de algun disperso individuo de los suyos, y en parte buscando mejor posicion para otro fuerte. Despues de una legua de camino vió varias chozas, cuyos habitantes habian huído, llevándose consigo cuanto pudieron, y escondiendo lo demas entre las yerbas. Halláronse en ellas artículos europeos, que ciertamente no se habian adquirido en cambio, tales como medias, piezas de tela, el ancla de la carabela perdida, y un rico traje morisco que estaba aun doblado del mismo modo que habia venido de España.

Habiendo considerado el almirante con dolor los esparcidos restos de aquella horrible catástrofe, se encaminó á las amontonadas ruinas. Las escavaciones y desague del pozo habian sido infructuosos, no se halló ningun tesoro. Pero cerca del fuerte descubrieron enterrados por diferentes lugares los cuerpos de once hombres, cuyos trajes mostraban ser europeos. Habian estado bastante tiempo en la tierra, pues habia crecido la yerba sobre sus huesas. En el discurso del día empezaron á dejarse ver algunos indios, que se mostraban á largas distancias tímidos y desconfiados. Sus recelos cedieron gradualmente á los signos amistosos de los españoles y algunos pequeños regalos, hasta trabar franco trato con los navegantes. Sabian algunos de ellos unas pocas palabras castellanas, y los nombres de todos los españoles que habian quedado con Arana. Por este medio, y con la ayuda del intérprete, pudo hasta cierto punto averiguarse la historia de la guarnicion.

Es digna de noticiarse esta primera huella de la civilizacion en el Nuevo-Mundo. Los que habia dejado Colon en la isla, dice Oviedo, exceptuando el comandante D. Diego de Arana y otros dos ó tres, eran poco capaces de seguir los preceptos de tan prudente varon, ni de desempeñar los espaciosos cargos que sobre sus hombros pesaban. Se componia la pluridad de ellos de gente soez ó de marineros que no podian conducirse en tierra con sobriedad y moderacion. Apenas perdieron de vista la vela del almirante, se les desvanecieron del ánimo todas sus órdenes y consejos. Aunque no eran mas que un puñado de hombres rodeados de tribus salvajes y sin otro amparo que su propia prudencia y la bondad de los naturales, empezaron á cometer desde luego los mas feroces y crueles abusos. Los incitaban á perpetrarlos su avaricia y grosera sensualidad. Quería cada cual llenar de por sí su cofre de oro, y no se contentaban con el buen éxito logrado entre las mujeres indias á pesar de haberles dado Guacanagari á cada hombre dos ó tres esposas por lo menos. Apoderábanse, valiéndose de la fuerza, de las vestimentas y adornos de los indios, y tendian redes al poder y castidad de sus esposas é hijas. Ocurrian entre ellos mismos incesantes luchas sobre los mal ganados despojos ó los favores de las beldades indias, y veian con asombro los sencillos isleños aquellos hombres á quienes habian adorado como venidos de los cielos, abandonados á las pasiones menos espirituales de la tierra y acometiéndose los unos á los otros con ferocidad mas que brutal.

Pero ni estas disensiones hubieran sido peligrosas conservando el grande precepto de Colon, de no separarse de la fortaleza, ni relajar la vigilancia militar; precauciones que pronto olvidaron. En vano interpuso su autoridad D. Diego de Arana, en vano se presentaban cuantos motivos podian ligar á los hombre en un pais extranjero. Pereció la disciplina, acabóse la subordinacion y el orden quedó muerto para siempre. Muchos abandonaron el fuerte y vivian descuidadamente y al caso por las cercanías; cada uno existia para sí solo, ó se asociaba cuando mas, con alguna pequeña partida de confederados para injuriar y despojar á los otros. Así empezaron las facciones hasta que se levantó la ambicion para completar la ruina de aquel nuevo imperio. Las dos personas que habia Colon dejado

como lugar-tenientes ó sucesores en el mando en caso necesario. Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escovedo, se aprovecharon de estos desórdenes, aspirando á participar de la autoridad y aun á ejercer la supremacia. Acaecieron violentas contiendas en que fue muerto un español llamado Jacome. No habiendo alcanzado su objeto, abandonaron el fuerte Escovedo y Gutierrez con nueve de sus partidarios y muchas mujeres, y todavía resueltos á mandar, volvieron sus tendencias á distintas empresas. Habiendo oido maravillosas descripciones de las minas de Cibao y de las doradas arenas de sus montañas y rios, salieron para aquel distrito, confiados en atesorar en él inmensas riquezas. Así se desentendieron de otra importante orden de Colon, prohibiéndoles salir de los amistosos territorios de Guacanagari. La region á que fueron estaba en lo interior de la isla, en la provincia de Maguana, regida por el famoso Caonabo, llamado el señor de la Dorada Casa. Este célebre caudillo era caribe de nacimiento, y estaba poseido de la fiereza y genio aventurero de su patria. Habia venido á la isla como un aventurero, y adquirido por su valor y capacidad tanto ascendiente entre aquellas gentes sencillas y pacíficas, que llegó á ser uno de sus principales caciques. La fama hizo resonar en toda ia isla sus atrevidas hazañas; y le tenian los habitantes universal y pavoroso respecto por su origen caribe.

Caonabo habia por mucho tiempo mantenido grande importancia en la isla como héroe de aquel mundo salvaje, cuando los bajeles europeos aparecieron inesperadamente en las costas. Las asombrosas pinturas de su poder y proezas llegaron hasta las montañas de Caonabo, que no carecia de razon para percibir que habia de declinar su consecuencia ante tan formidables invasores. La partida de Colon le hizo esperar que solo fuese su invasion pasajera, y las contiendas y excesos de los que permanecieron allí movieron al par de su odio su confianza. Apenas llegaron á sus dominios Gutierrez y Escovedo con sus gentes, creyó seguro el triunfo que deseaba de los aborrecidos extranjeros. Apoderóse de los fugitivos, y dióles súbita muerte. Juntó luego en secreto sus súbditos, y concertando planes con el cacique de Marión, cuyos territorios lindaban al Occidente con los de Guacanagari, determinó dar un repentino asalto á la fortaleza. Salíó de sus montañas, á través silenciosamente vastísimas florestas y llegó con su ejército cerra del pueblo sin haber sido descubierto. Confiados en la suave y pacífica condicion de los indios, habian los españoles olvidado las precauciones militares, y vivian en la mas descuidada seguridad. Solo quedaban diez hombres en el fuerte con Arana y estos parece que no tenian guardia alguna. Los otros estaban alojados por las cercanías. En el silencio de la noche lanzáronse, Caonabo y sus guerreros con espantosos alaridos sobre la fortaleza, se apoderaron de ella antes que los españoles tuviesen lugar de tomar las armas, y rodearon é incendiaron las casas en que los otros blancos dormian. Quedaron los europeos completamente sorprendidos. Ocho huyeron al mar delante de los salvajes y se ahogaron en ella; los demas fueron despedazados. Guacanagari y sus súbditos pelearon lealmente en defensa de sus huéspedes; pero no estando adiestrados en las artes bélicas, quedaron con facilidad derrotados; Guacanagari fue herido en la accion por la mano de Caonabo y su villa reducida á cenizas.

Tal es la historia del primer establecimiento europeo en el Nuevo-Mundo. Presenta en diminutiva escala un resumen de los groseros vicios que denigran la civilizacion y de los grandes errores políticos que disuelven á veces los mas poderosos imperios. Las leyes y el orden, relajados por la licenciosa corrupcion sacrificado el bien público á los intereses y pasiones particulares, agitada la comunidad por disensiones facciosas, hasta que barrenaron y destruyeron

el todo dos demagogos ambiciosos, por gobernar un pequeño fuerte en el desierto, y obtener el mando supremo de treinta y ocho hombres.

CAPITULO V.

TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.—SOSPECHOSA CONDUCTA DE GUACANAGARI.

(1493.)

LA trágica historia de la fortaleza, segun el relato de los indios, vino á confirmarse por otros conductos. Uno de los capitanes, Melchor Maldonado, salió con su carabela á costear hácia el Oriente, para buscar sitio en que formar un establecimiento. No habrian aun navegado tres leguas, cuando los abordó una canoa con dos indios. Venia de parte de Guacanagari, que enviaba en ella á un hermano suyo, para suplicarle en nombre del cacique viniese á visitarlo á tierra, á un pueblo donde él se hallaba enfermo. Maldonado desembarcó sin tardanza con dos ó tres compañeros. Hallaron á Guacanagari cojo en su hamaca, rodeado de siete de sus mujeres. Manifestó el cacique gran dolor de no haber podido visitar al Almirante, á quien estaba ansioso de ver. Contó varias particularidades respectivas á los desastres de la guarnicion, y dijo que él y sus súbditos habian hecho por defenderla, mostrando la pierna que aun tenia vendada de resultas de sus heridas. Sus noticias correspondian con las ya recibidas. Despues de tratar á los españoles con su acostumbrado respeto y hospitalidad, dió á cada uno varias piezas de oro.

A la mañana siguiente fué Colon en persona á visitar al cacique. Para darle á conocer bien su actual poderío y su importancia, se presentó con una numerosa comitiva de oficiales superiores, ricamente vestidos, ó cubiertos de reluciente armadura. Hallaron á Guacanagari reclinado en su hamaca de algodón. Mostró emociones profundas al ver al Almirante, y habló inmediatamente de la muerte de los españoles. Vertió raudales de abundantes lágrimas refiriendo los desastres de la guarnicion, pero se detenia con particularidad en explicar lo que él mismo habia hecho en defensa de sus huéspedes, señalando muchos de los indios allí presentes, que habian sido heridos en la batalla. Al examinar las cicatrices, se vió que las heridas habian sido en efecto de armas indianas.

Colon quedó prontamente satisfecho de la buena fé de Guacanagari. Cuando se acordaba de las muchas pruebas que en la época del naufragio le habia dado de ilimitada generosidad y franqueza, no podia creerlo capaz de tan negro acto de perfidia. Efectuóse mútuo cambio de regalos. Le dió el cacique ochocientas cuentas de cierta piedra llamada ciba, que él consideraba muy preciosa, ciento de oro, una diadema del mismo metal, y tres calabazas pequeñas llenas igualmente de oro en polvo; mas creyó que se le sobrepujaba en munificencia al recibir algunas cuentas de vidrio, cascabeles, navajas, alfileres, agujas, espejillos pequeños, y adornos de cobre, cuyo metal preferian al oro.

La herida de que padecia Guacanagari estaba en una pierna, y la debia á una pedrada. A instancias del Almirante consintió que la examinase un cirujano de la escuadra. Al mover las vendas no se hallaron signos de ninguna herida, aunque se encogía de dolor cuando le manoseaban el sitio enfermo. Como habia transcurrido tiempo desde la batalla, podia haberse cicatrizado en lo exterior y estar todavía muy delicada interiormente. Pero algunos de los circunstantes que no habian estado en el primer viaje, ni visto la generosa conducta del cacique, creian fingida su cojera, y la historia de la batalla una mera fábula inventada para cohonestar su perfidia. El padre Boil, especialmente, fraile de vengativo espí-